

FUNERAL POR D. MARIANO ARROYO MERINO

Cabezón de la Sal, 19 de julio de 2009

Textos: 1 Jn 3, 14-16; Ps 22; Mt 5, 1-12^a

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Dios, Señor de la vida y de la muerte, nos congrega hoy para celebrar la Eucaristía, memorial sacramental de su cuerpo entregado y de su sangre derramada y en ella celebrar la muerte de nuestro querido hermano sacerdote, D. Mariano Arroyo Merino.

Estamos reunidos en oración en esta Iglesia parroquial de San Martín de Cabezón de la Sal, su pueblo natal, para encomendar al amor infinito de Dios, nuestro Padre, a D. Mariano, cuya muerte inesperada y violenta nos ha llenado a todos de consternación y pena. Y no tenemos palabras adecuadas para expresar el estado de ánimo ante el asesinato cruel, que reprobamos con energía, perpetrado en la mañana del pasado día 13 de julio, en la casa parroquial del Santuario Nacional de la Virgen de Regla, en la Archidiócesis de San Cristóbal de La Habana.

En estos momentos tristes, la Diócesis de Santander, el Obispo, sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos, desde la fe, nos unimos en el dolor humano, en la oración cristiana y en la esperanza de la resurrección a toda su querida familia (hermanos y sobrinos), que lloran la muerte de su ser querido Mariano; a sus amigos, a D. Isidro Hoyos su compañero; a la parroquia de San Martín y al pueblo de Cabezón de la Sal, inmerso en un profundo dolor; al Sr. Cardenal-Arzobispo, Obispos Auxiliares y clero de la Archidiócesis de Madrid en la que estaba incardinado, representada hoy por un Vicario Episcopal y por el Párroco de San Juan Evangelista; a las Obras Misionales Pontificias, a la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA), representada por el Sr. Secretario de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias; a la Archidiócesis de San Cristóbal de La Habana, donde ejercía su ministerio; y a cuantos comparten con nosotros la pena y la esperanza, que nos han enviado muestras de condolencia y el testimonio de su oración.

Le han arrebatado la vida en circunstancias dramáticas a este buen sacerdote misionero de corazón y de obras, entregado al servicio del Evangelio y a la causa de los más pobres, débiles y necesitados, que ha dejado una huella de bondad y de evangelio en todos los que le han conocido.

D. Mariano había nacido aquí en Cabezón de la Sal el 20 de febrero de 1935, donde ha sido siempre muy querido. Realizó los estudios de Filosofía y Teología en la Universidad Pontificia de Comillas. Fue ordenado sacerdote el 17 de abril de 1960. Su vida ha transcurrido como misionero en Chile, en dos etapas; en Madrid como párroco de Santa María Mediadora y formador del Seminario; y en Cuba, donde últimamente era rector y párroco del Santuario Nacional de Ntra. Sra. de Regla, en el que ha desarrollado un intenso trabajo pastoral como sacerdote fiel y solícito en medio de su pueblo. Las claves de su vida han sido el amor a Jesucristo, el buen Pastor, que da la vida por las ovejas y el servicio humilde a los más pobres, encarnándose en medio de su pueblo, compartiendo sus gozos y esperanzas, sus angustias y tristezas.

Ante su muerte, nos preguntamos: ¿por qué de esta manera violenta?. Y el Apóstol San Pablo nos previene con la conocida exclamación, entre sorprendida y adorante: “¡Qué inescrutables son tus juicios y desconocidos tus caminos! ¿Quién ha podido conocer jamás los pensamientos del Señor?” (*Rom 11, 33-36*). Se plantea así en toda su aplastante grandeza el misterio de la muerte, que solamente queda iluminado por la fe: “Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre[...] Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera” (*GS 18*).

I Jn 3, 14-16. El Apóstol Juan, en su primera carta, nos dice que pasamos de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El amor vence al odio, a la violencia y a la misma muerte. Además, la persona amada no muere para siempre. Gabriel Marcel, pensador cristiano de mediados del siglo XX, afirmaba: “Amar de veras a otra persona es decirle: tú nunca morirás”. Y es que el amor es más fuerte que la muerte y es fuente de vida y esperanza. Para nosotros, los creyentes, D. Mariano no ha muerto, sino que vive en la paz de Dios y en medio de su pueblo, donde él se sembró como grano de trigo en el surco de la tierra hasta germinar en espiga granada en fruto de amor, de solidaridad y de paz.

Mt 5, 1-12a. Las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña han vuelto a resonar hoy en nuestra asamblea litúrgica, llenas de vida y esperanza. Fueron el programa de vida de Mariano. “Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de los santos” (*Catecismo de la Iglesia Católica 1717*).

En esta Eucaristía pedimos por su eterno descanso y por si tuviera que purificar algo de sus pecados cometidos por la fragilidad humana. Hasta que nos volvamos a encontrar para nunca más separarnos, mientras recorremos nuestro camino de peregrinos, caben los versos de nuestro poeta castellano que, a modo de “hasta luego”, nos regala su última voluntad creyente:

*“No, mundo, sábelo: no me resignaré jamás a tu amargura,
no dejaré que el llanto tenga sal,
ni que al dolor le dejen la última palabra,
no aceptaré que la muerte sea muerte
o que un testamento sea un punto final.
Estad seguros de que mi corazón sigue latiendo,
aunque esté más parado que una piedra,
estad seguros de que aunque mi sangre esté ya fría,
yo seguiré amando,
porque no sé otra cosa. Sólo por eso: porque no sé otra cosa”*

(J.L. Martín Descalzo, *Testamento del pájaro solitario*, “Últimas voluntades”, Madrid 1991, 94).

Que Dios asocie a sus santos y elegidos a D. Mariano. Ojalá que sostenido por la maternal intercesión de María Santísima, en las advocaciones de Regla y del Campo, “alcance la meta de la fe, la salvación de su alma” (cfr. *1 Ped* 1, 9). Que “rebose de alegría inefable y gloriosa” (cfr. *1 Ped* 1, 8), contemplando finalmente y para siempre a Aquel que amó en la tierra: a Jesucristo, nuestro Señor, al que sea gloria y alabanza por los siglos de los siglos. Amén.